

LIBROS

El testimonio español de Malraux

ANDRÉ Malraux llegó a España el 24 de julio de 1936. Al mes siguiente, por encargo del Gobierno republicano, formó y dirigió una escuadrilla que combatió desde agosto de 1936 a febrero de 1937, cuando comenzaron a llegar los aviones soviéticos que supieron a los casi artesanales que había comprado Malraux.

España es un eslabón más en la vida de este *aventurero comprometido* con grandes causas de la Humanidad: la revolución china de 1926 —que le inspiró su novela *"La condición humana"*—, el antifascismo en Europa, España, la resistencia a los nazis en Francia.

Malraux escribió *"La esperanza"* en 1937; ese mismo año fue editada en Francia. Cuarenta y un años después se publica en España; y muy justamente, porque la recuperación de una literatura perdida por culpa de la censura no estaría completa sin esta crónica de guerra y reflexión ético-política que es *"L'Espoir"* (1).

Varias son las lecturas que pueden hacerse de la novela, no siendo excluyentes unas de otras. Es un relato de agitación dirigido a la opinión pública internacional, especialmente hacia los pueblos cuyos Gobiernos, amparándose en el principio de no intervención, apoyaban, en la realidad, al fascismo. De ahí que, casi paralelamente, Malraux luche en España, escriba la novela y viaje a Canadá y los Estados Unidos para explicar por qué apoyar a la República es defender una causa humanamente justa y, a la vez, defenderse a sí mismos.

Pero *"La esperanza"* es también un texto donde, a través de voces múltiples, se expresa la toma de posición y las dudas del mis-

mo Malraux como antifascista consecuente, intelectual y luchador. Esto no significa analizar la novela a la luz de la psicología individual de Malraux, sino que el debate sobre el intelectual y su inserción en la lucha antifascista y revolucionaria recibe gran aportación desde el vínculo de la historia del escritor con la guerra de España.

Malraux pensaba que lo mejor que podía hacer un hombre en su vida era convertir en conciencia la más larga experiencia posible. Y desde esta afirmación arranca para construir *"La esperanza"*. Por una parte, se detiene en un minucioso detalle de los aspectos casi diríamos técnicos de la guerra. Largas y muchas veces caóticas descripciones y diálogos —a los que la traducción castellana no ayudan demasiado— introducen al lector en el denso y asfixiante mundo de la guerra. Aquí Malraux oficia de cronista, en la tradición de Koltsov, Hemingway y Herbert L. Matthews. Por otra, intercala las reflexiones de un amplio espectro de protagonistas y la historia de Manuel, un militante comunista que va de la radicalización espontánea a la organización meticulosa en vistas a la victoria.

El autor deja actuar a sus protagonistas libremente, pero se hace presente de vez en cuando para recordar que la cuestión del hombre y su destino trasciende la guerra. Lo que no quiere decir desentenderse de la lucha. Por el contrario, la necesidad de *"fundar una nueva razón"* se asienta en la *acción*, y esa *acción*, ejercida en el código de la *fraternidad*, permite pelear por una *"política de la justicia"*. En esta fraternidad se unen hombres de partido (*"no hay partido justo"*) y hombres de política (*"una política justa"*), porque *"la ética de nuestro Gobierno depende de nuestro esfuerzo"*. Así, la fraternidad es, a la vez, el antídoto contra la soledad y lo opuesto de la humillación y el dominio de la jerarquía. La fraternidad, cuestión recurrente en la novela, es lo que califica al grupo.

(1) *"La esperanza"*, de André Malraux. Editorial Edhsa. Barcelona, 1978.

MARIANO AGUIRRE

Elogio
desmedido
de...

JOSEP MARÍA CASTELLET

EL Maestro. Así empezamos a llamarle Carlos Barral, Jaime Gil de Biedma, mis hermanos y yo. Entonces se llamaba José María, y ahora, con la restauración de nuestra frágil Generativitat, le llaman Josep María, por el qué dirán. La vida es dura.

Burla burlando, con ayudas o sin ellas, se hizo un nombrecito con sus *"Veinte años de poesía española"* (o *"Veinticinco"* o etcétera); se refería entonces a los últimos años de la poesía en castellano escrita en la España contemporánea, pues los catalanescribientes entrarían más tarde, dame la manta, Joaquín Molas.

Y luego, los *"Nueve novísimos"*, escándalo de la Villa y Corte y parte de Badajoz, y él siempre arriba, que es lo bueno. Le critican por todos lados, menos por uno: tiene olfato, y cuando no sabe una cosa, la pregunta, y si le conviene la respuesta, se la apunta ya. ¡Ay, Dios, qué país de envidias y de miseria intelectual!

Castellet es amigo mío desde 1950 o así, y lo seguirá siendo. Yo sé que me dirán, como en los boleros de Machín, que escribo esto porque salgo en sus Antologías o porque me escribe críticas y prólogos elogiosos, y que yo no lo diría si me hubiese dejado en la cuneta como ha hecho con otros vates de mucho mérito. Pero eso es absurdo: ¿no he dicho arriba que tenía olfato y buenos asesores, y que sabía elegir la calidad? Pues entonces.

Los lectores de este elogio que le conocen personalmente, saben que es alto como un castillo y también flaco, y elegante, y mordaz a veces, y timido otras muchas, y sibarita y multinacional: como un milanés o un parisino, pongamos por caso. Y esto, de cara al ingreso de los infinitos Países del Estado español en el Mercado Común, no es pelo de mono. Le van a homologar en toda Europa, ya me lo dirán luego. Y a rabiar, camaradas. Y también me dirán, naturalmente, que con mi desmedimiento tengo asegurada la inclusión de mis futuros poemas en su próximo *"Cien años de poesía de lo que sea"*. Y es muy natural. Josep María Castellet me quiere mucho. ●

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO



"L'Espoir"